

cados con que las habíais merecido? Cuando cargó su mano sobre vuestra propia persona, y cuando unas enfermedades largas y crueles marchitaron poco á poco vuestra lozanía y vuestra salud, ¿qué remedios pedísteis entonces al soberano Médico? ¿Cuando sentíais tanto las enfermedades de vuestra carne, os acordábais, por ventura, de las de vuestra alma? ¡Qué pocos serian, ¡oh Dios mio! los que os pidiesen, si no tuvierais que distribuir mas dones que los del cielo, ni mas tesoros que los espirituales. Pero no digo bien, católicos: ¿no es el Señor á quien invocais cuando deseais alguna otra cosa mas que él? Pedís la salud, la prosperidad y la fama, pues solamente le rogais para alcanzar algunos de estos dones; le buscáis como aquellos judíos carnales, movidos de los panes terrenos que multiplica, y vuestra oracion solo es una súplica injusta de un bien perecedero, que haceis al Autor de todos los bienes.

La segunda reflexion es que la verdadera oracion siempre hace que nos acordemos de nosotros mismos, sin permitir que nos olvidemos de nuestras propias necesidades con pretexto de elevarnos sobre nuestra miseria. *Hijo de David, tened misericordia de mí.* Porque orar es conocer nuestra miseria, confesar nuestra injusticia en la presencia de nuestro Dios, y suspirar por la gracia de una perfecta libertad. Orar es querer aniquilar en nosotros todo cuanto desagrada al Ser Supremo, animarse á serle en adelante mas fiel, confundirse á vista de sus beneficios y de nuestra ingratitud; orar es comparar nuestras costumbres con la santa ley, medirlas siempre con esta regla, cortar sin piedad todo cuanto se halla en ellas que la sea contrario, y adelantar en el ejercicio de las cristianas virtudes. En una palabra, la oracion es la perfeccion de nuestras

costumbres. ¡Ah, católicos! El hombre estando como está tan corrompido, sustentándose con la soberbia, con la sensualidad, con la ignorancia, y estando sujeto á tantas flaquezas, por mas que haya adelantado en la virtud, ¿podrá nunca pedir favores á su Dios sino para sí mismo? ¿podrá proponerse otro objeto de su oracion mas que las infinitas necesidades de su alma? ¿podrá tener tiempo para entregarse á especulaciones vanas en las que se desvanezca? ¿La oracion es acaso un esfuerzo del entendimiento, ó la lengua del corazon? ¿Se puede nunca adorar á Dios de un modo mas digno de su Majestad, que cuando postrada la vil criatura delante de su Soberanía, reconoce que en su presencia no es mas que polvo y ceniza? El pecador solamente debe usar de este estilo con su Dios: *Hijo de David, tened misericordia de mí.* En esta expresion se encierra lo mas sublime de su oracion; de este modo adora á su Señor, le ama, espera en él, reconoce sus beneficios y confiesa su propia miseria.

En tercer lugar, la fe de nuestra cananea la inspira en su oracion una resignacion perfecta en la voluntad de su Salvador; se contenta con decirle: Mi hija está cruelmente atormentada del demonio: *Filia mea male á dæmonio vexatur.* No añade, dice San Juan Crisóstomo, libradla, Señor; no impone ley alguna á su misericordia, no se la oye gritar como á aquel soldado del Evangelio: Venid, Señor, y curad á mi criado; no como el ciego de Jericó: Señor, haced que yo vea; no como á la madre de los hijos del Cebedeo: Mandad que se sienten mis dos hijos, uno á vuestra diestra y otro á vuestra siniestra; sino que contentándose con manifestar el motivo de su dolor, remite lo demás á la prudencia y piedad del Hijo de David, y deja únicamente á la disposicion de su voluntad los efectos de

su suerte: *Filia mea male á dæmonio vexatur.* De este modo quiere Dios que le pidamos, católicos; él conoce mejor que nosotros nuestras necesidades, porque nosotros regularmente no sabemos lo que le pedimos; muchas veces le pedimos favores, los que nos concede su justicia por castigo, y porque se indigna de que en nuestras oraciones no hagamos caso de su voluntad, de que tengamos tan poco respeto á las eternas órdenes de su providencia para con nosotros, y de que el antojo de nuestros deseos quiera dar la ley á su sabiduría: con todo eso, amados oyentes míos, este es el universal defecto de nuestras oraciones; casi nunca sirve de regla á nuestros ruegos y súplicas el cumplimiento de su santa voluntad. Cuando os ha castigado en vuestros bienes ó en vuestra persona, ¿le habeis dicho: Señor, si este estado de aflicción me hace mas agradable á vuestros ojos y me pone en una feliz imposibilidad de desagradaros, no me libreis de unos males tan preciosos? ¿le habeis rogado de este modo? ¡Ah! que os parecian pocas vuestras lágrimas y vuestros suspiros para pedirle la restitucion de la salud ó de la fortuna. ¿Pero qué es lo que os ha sucedido? Os oyó el Señor, y los efectos os han hecho conocer muy á costa vuestra que os ha castigado con oiros, y que fué para vosotros un Dios justiciero cuando os pareció propicio. Os servísteis de la salud que os concedió para los deleites y para los desórdenes de las pasiones; los bienes que os restituyó no han sido en vuestras manos mas que funestos instrumentos de vuestros delitos. Cuando hirió con su poderosa mano á aquel hijo á quien tan desordenadamente amábais, y al que mirábais como único sucesor de vuestras grandes riquezas y apoyo de vuestras esperanzas, ¿os contentásteis con decirle, como la santa mujer de nuestro Evangelio,—Mi hijo se halla cruelmente

atormentado, su muerte está en vuestras manos, bien veis mi aflicción, y conoceis en lo que ha de venir á parar, no hagais caso de mis deseos si no son conformes á vuestros eternos consejos: *Filia mea male á dæmonio vexatur?* ¡Ah! no sabeis pedir al Señor mas que su vida y que alargue sus dias. Le concedió la vida, le alargó los dias, y despues los infinitos pesares con que sus licenciosas costumbres han contristado vuestro amor, y acaso la desnaturalizada desobediencia contra vosotros mismos, y el olvido del respeto y de la piedad paternal, os han dado á conocer que entonces no debia haber sido oída vuestra súplica, y que el beneficio con que entonces consoló el Señor el exceso de vuestro dolor, fué el castigo mas terrible. Como nosotros ignoramos, católicos, si el Señor quiere santificarnos por el camino de las aflicciones ó por el de la prosperidad, por el de la salud ó por el de la enfermedad, con la fama ó con los oprobios, debemos siempre pedirle en nuestras oraciones que se cumpla en nosotros su voluntad eterna, y que nos guie por el camino que nos preparó desde el principio de los siglos, y no pedirle los bienes temporales sino en cuanto parezca á su sabiduría que son convenientes para nuestra eterna salud; pero los bienes de la gracia, la conversion del corazon, el que nos libre de nuestras pasiones, la fidelidad en la ocasion, la perseverancia en la virtud, todo esto se lo debemos pedir sin condiciones ni restriccion alguna. La voluntad del Señor, dice el apóstol, siempre es que seamos santos, y nunca pueden ser excesivas nuestras súplicas en pedir lo que nunca se nos puede conceder con exceso. Pero en esto es en lo que muchas veces nos engañamos, y ó por justificar las oraciones interesadas y carnales confundimos los intereses de eterna salud con los del amor propio, ó en las enfermeda-

des habituales pensamos que si el Señor nos restituyera la salud seríamos menos tibios en su servicio y tendríamos mas proporción de excitarnos en buenas obras y tratar del negocio de la eternidad, y por eso no cesamos de pedirle que nos libre de nuestros males: en la desgracia nos persuadimos á que si aun gozáramos de una halagüeña fortuna socorreríamos á los pobres, favoreceríamos á los justos, mantendríamos los intereses de los pueblos, defenderíamos á los desvalidos é inocentes contra la opresion y la injusticia, y de este modo formamos mil deseos de restituírnos á la fortuna y á la prosperidad. Si vivimos ocupados en grandes negocios, nos parece que un estado mas tranquilo nos dejaria mas tiempo para pensar en nuestra salvacion, y no cesamos de decir al Señor: no abandoneis, ¡oh Dios mio! á los que os quieren servir y glorificar en vuestros dones: todo esto es ilusion, católicos; el estado en que nos ha puesto la Providencia es siempre el mas á propósito para nuestra salvacion; cuanto mas nos desagrada este estado, mas medios halla la gracia para la santificacion; el pedir al Señor que nos saque de él, con pretexto de servirle en otro con mas fidelidad, es querer excusar á su vista el abuso que de él hacemos. Pero no basta pedir en la oracion lo que se debe, sino que es necesario pedirlo como se debe, y para esto nos servirá tambien de ejemplo nuestra cananea.

SEGUNDA PARTE.

No hay oracion, dice San Agustin, cuando no es el corazon el que ora, porque Dios solamente oye al corazon. El idioma de éste siempre es fervoroso y abrasado; el corazon no conoce la tibieza ni la negligencia, y esta es la primera instruccion que encierra en sí la historia de nues-

tro Evangelio. Persuadida la santa mujer á que hablaba con el dueño de los corazones, que la abundancia de palabras era propia de los adoradores de los dioses de Tiro y de Sidon, y que una sola expresion de viva fe agradaba mas al Dios verdadero que los mas abundantes discursos, casi solamente se vale de su amor y su dolor en lugar de las palabras. Es verdad que gritó *clamavit*; pero aun fué mas fuerte el grito invisible de su corazon. Lloró, pero sus lágrimas no fueron mas que una leve expresion de su pena; movia á los asistentes con el espectáculo de su desconsuelo, pero al mismo tiempo ofrecia á la vista de Jesucristo un corazon mucho mas compungido, y en su fervor consistia todo el mérito de la oracion. A la verdad, católicos, cuando nos presentamos delante de nuestro Dios tibios, flojos, distraidos, cuando le exponemos nuestras necesidades como si fueran ajenas, cuando parece que no tenemos interés en el negocio que tratamos con el Señor, cuando dejamos hablar á nuestra lengua sin juntar á ella los religiosos movimientos de un corazon conmovido, ¿qué es lo que hacemos entonces? Escogemos la vista de Dios para que sea testigo de los desórdenes de un espíritu ociosa y de las tibiezas de un corazon infiel. Nos ponemos en su presencia para decirle que no le amamos, nos prostamos á sus piés por no pensar en él y para conversar solamente con las criaturas. En una palabra, le irritamos en el lugar de la propiciacion, y convertimos en delito el ejercicio mas útil y de mas consuelo que tiene la fe. Católicos, el fervor es esencialísimo á la oracion; lo primero por razon de la Majestad del Señor á quien suplicamos, y así los respetos tibios son indignos de su grandeza, y si maldice al que hace su obra con negligencia, ¿qué otro acto de religion puede llamarse con mas propiedad su obra

que la oracion? Lo segundo, por lo estimables que son las gracias que pedimos: ¿pues cómo es posible que háyamos de pedir los bienes eternos, las promesas de la vida futura, el don inestimable de la perseverancia, la posesion inmortal de Dios, bienes todos tan preciosos; cómo es posible, vuelvo á decir, que los hayamos de pedir con tibieza? ¿no seria esto declarar que ó no nos mueven estos bienes, ó que no los deseamos? ¿puede bastar todo el corazon para desearlos? ¿es posible que hayamos de ser en todo lo demás tan diligentes, y que para quedarnos frios y disgustados, baste el ponernos en la presencia de Dios y pensar en los bienes eternos? Finalmente, por la misma naturaleza de la oracion. Esta es un comercio amoroso con vuestro Dios; ¿pues cómo podeis estar en ella con una alma de hielo? Es la consideracion de sus infinitas perfecciones; ¿pues cómo podreis contemplarlas sin devocion? Es pensar en todos los bienes con que os ha favorecido; ¿pues qué cosa puede mover mas á un buen corazon que la memoria de las gracias recibidas? Es gemir por los pasados defectos; ¿pues cómo es posible el acordarse con indiferencia, en la presencia del objeto que se ama, de las infidelidades que contra él se han cometido? Luego todo nos enseña á orar con fervor, y sin esta condicion la oracion no es mas que un desprecio del Señor, ó una ocupacion inútil de un espíritu ocioso y poco mortificado.

En segundo lugar, esta mujer de Tiro únicamente quiere deber la gracia que solicita á la misericordia del Hijo de David, y así la humildad de su oracion corresponde á lo vivo de su fe. No alega á su favor, ni el valor con que sale de su nacion, ni la fe con que abandona sus ídolos y viene á buscar á un extranjero; no alega mas mérito que su propia miseria para mover á Jesucristo: *Hijo de David,*

tened misericordia de mí: la comparan con los mas viles animales, y en este oprobio halla nuevo motivo de confianza; la dicen que primero son las ovejas de Israel, y se conforma con esta ignominia; no alega por excusa de sus pasadas supersticiones, ni para suavizar el odioso título que le dan, la casualidad del nacimiento en que tan poca parte tenemos nosotros, y el que en ella mas era desgracia que pecado; no opone á la preferencia con que Jesucristo honra á los judíos, su ingratitude, su envidia y su obstinacion, la que les hace aun mas culpables que á los habitantes de Tiro y de Sidon; la humildad es sencilla y no ve mas que su propia nada; y á la verdad, católicos, no hay cosa que tanto aparte de nosotros las gracias del cielo, como el buscar en nosotros mismos las razones de la divina liberalidad; en el principio de la conversion solemos algunas veces mirar con complacencia delante del Señor que allí adoramos, un natural feliz que nos ha preservado siempre de muchos excesos, aun cuando seguimos los caminos del delito; un caudal de religion y de temor de Dios que en el mismo tiempo de nuestros desórdenes nos inspiraba cierto respeto á la devocion y á los que la practicaban, y un secreto horror á aquellos hombres de pecado, que de la impiedad y del desprecio de las cosas santas hacen la diversion de sus desórdenes; nos representamos en nuestro interior la idea de aquellos pecadores para hacer honor á la que formamos de nosotros mismos, y nos decimos sin pensar al pié de los altares, como el fariseo: yo no soy como los demás hombres, si estamos algo mas adelantados en la virtud; en vez de bendecir la mano que rompió nuestras cadenas, nos parece hallar en nuestra justificacion las razones que ha tenido el Señor para separarnos de tantos pecadores como se pierden, y de llamarnos á sus santos caminos: por

eso cuando clamamos al Señor en nuestras aflicciones, casi siempre mezclamos con nuestras súplicas la memoria de lo que hemos hecho por él, y mas parece que pedimos justicia que gracia; ponemos á su vista con complacencia una barca y algunos anzuelos olvidados, como los apóstoles; esto es, las obras mas leves que hemos hecho en su nombre. Le decimos en el corazón secretamente: ¿no nos habeis de dar algo por esto? *Quid ergo erit nobis?*¹ Nos acordamos de haber dado una limosna, de haber hecho una obra de misericordia, de haber ejercitado algun acto de religion, y al mismo tiempo que con una mano ofrecemos nuestras calamidades, con la otra hacemos presentes nuestros méritos, cuando en ella debiéramos adquirir otros nuevos; no nos gloriamos en la presencia del Señor ni le decimos claramente: Vos, Señor, debeis mostrar algun agradecimiento á mi fidelidad, no puede ser que mis obras santas se hayan borrado absolutamente de vuestra vista, pues todo persevera vivo en vuestra presencia, pero en la desgracia que me aflige he de conocer que no han sido vanos mis servicios; no le decimos esto á las claras, pero lo decimos en nuestro interior; no hacemos alarde de nuestros méritos, pero los ponemos de modo que se vean; nos cubrimos con nuestras buenas obras y miramos á la Majestad del Altísimo por entre el velo lisonjero de nuestras virtudes, sin acordarnos de que Moisés en la montaña levantaba el velo cuando hablaba con el Señor, como para exponer mejor sus miserias, y no se valia de él sino cuando se volvía hácia el pueblo y como para ocultarse á sí mismo la memoria de las acciones heróicas y de los prodigios que habia obrado entre sus hermanos. Nunca puede el pecador presentar mejor título para alcanzar favores, que su indignidad y la

clemencia de un Dios que no le debe mas que el castigo de sus culpas.

Por último, la santa cananea añade al fervor y á la humildad de su oracion la perseverancia. Al principio no respondió Jesucristo á sus súplicas, tan sumisas, tan humildes y tan fervorosas, mas que con un silencio indiferente. *Qui non respondit ei verbum.* Habia esta santa mujer abandonado sus dioses, su país, hasta su hija, que se estaba muriendo, por venir á buscarle, y no se dignó ni aun de mirarla. Le manifiesta su dolor de un modo tan vivo, tan tierno, tan lleno de fe y capaz de mover todos los corazones; los asistentes se enternecen, y solamente Jesucristo la mira con indiferencia; Jesucristo, que habia de llorar por la rebelde Jerusalem, Jesucristo, á quien únicamente la confusion de una mujer adúltera le halló tan indulgente y tan misericordioso, que se representaba á sus discípulos bajo la figura de un amoroso pastor, ocupado en buscar por las montañas las ovejas descarriadas; ¡Jesucristo niega su amor y su atencion á esta mujer que le viene á buscar desde una region tan distante! ¡Tanta fe, tantas lágrimas, tantos pasos merecian ser pagados con un silencio que así la desconsolase? ¿qué otra fe no se hubiera acobardado con semejante rigor? *Qui non respondit ei verbum.* Con todo eso, esta mujer fuerte persevera y no se rinde su grande alma. Hasta ahora no se habia atrevido á presentarse al Salvador y se habia contentado con levantar su voz desde lejos: *Dimitte eam, quia clamat post nos.* Pero á proporcion de la repulsa se va acercando, y los rigores son los únicos atractivos de que se vale Jesucristo para ganarla. ¡Pero qué quiere decir, por último, con postrarse á los piés de Jesucristo? ¡Va acaso movida de una secreta envidia á acordarle los muchos prodigios que ha obrado en otras par-